

PAP.
F-57-13

53-13
9/

EL PESIMISMO

EN SU RELACION Á LA VIDA PRÁCTICA

CONFERENCIA DADA EN LA INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA

EL DIA 18 DE FEBRERO DE 1877

POR

D. GUMERSINDO DE AZCÁRATE



MADRID

IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE V. SAIZ

Calle de la Colegiata, 6

N.º 947
P. 1078

EL

44-124-15

PESSIMISMO

EN SU RELACION A LA VIDA PRACTICA

CONFERENCIA DADA EN LA INSTITUCION LUIS DE BRUNO EN

EL DIA DE MARTES 20 DE ABRIL DE 1907



D. GUMERSINDO DE AZCARATE



MADRID

IMPRESA CENTRAL DE ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

Calle de la Colón, 21

A-4512

E. Y P. LIBROS
ANTIGUOS Y MODERNOS
Apartado 57 072
28080 MADRID

como ideal de la vida, en un paladar, el optimismo. Y es, afortunadamente, que estos problemas por naturaleza tienen que resolverse en todo tiempo al momento, que se pregunta sin cesar si la vida es una tragedia y la respuesta tristemente, en la mayoría de los casos, es que puede racionalmente aspirar a obtener una vida mejor.

EL PESIMISMO

EN SU RELACION A LA VIDA PRÁCTICA.

Por esto, al modo que Don Quijote y Sancho se van las pesquisas representativas del idealista soñador y del positivista práctico, nos representamos a Don Quijote y Sancho, aun sin motivos para serlo, en la vida práctica y de la vida práctica.

Señoras y señores:

Todos habreis oido hablar de dos filósofos de la antigüedad que, segun cuentan, se pasaron la vida, el uno riendo y el otro llorando; todos habreis oido, que en tiempos cercanos á los nuestros un filósofo ilustre expuso una concepcion del mundo y de la vida, á que se ha dado el nombre de *optimismo*, y que otro escritor, de índole muy diversa, pero no ménos conocido, trató de poner en ridiculo aquella doctrina en una célebre novela, cuyo protagonista no se convenció de que no es este el mejor de los mundos posibles, hasta que los búlgaros se lo demostraron administrándole cuatro mil palos; y todos sabeis, por último, que en nuestros dias un filósofo alemán ha elevado á la categoría de sistema una doctrina que proclama el mal invencible, el dolor inevitable, y la muerte, que es el anonadamiento,

como ideal de la vida, en una palabra, el *pesimismo*. Y es, señores, que estos problemas por necesidad tienen que preocupar en todo tiempo al hombre, que se pregunta sin cesar si la alegría es una candidez y la perpétua tristeza su destino en la tierra, ó si puede racionalmente aspirar á obtener una felicidad, relativa y limitada al fin, como todo lo humano, pero real y positiva, y por tanto capaz de movernos á obrar con la esperanza de que no corremos tras un sueño y una ilusion.

Por esto, al modo que Don Quijote y Sancho serán los perpetuos representantes del idealista soñador y del positivista práctico, nos representamos á Demócrito y Heráclito, áun sin motivos para asegurar la verdad del hecho, representantes de la alegría perpetua y de la perpetua tristeza, encontramos en la Edad Media, al lado de la tendencia optimista de ilustres doctores de la Iglesia, el tétrico pesimismo de los que esperaban la terminacion del mundo; contéplamos, en la Edad moderna, la soberbia construccion de Leibnitz, y enfrente de ella, la burla sarcástica de Voltaire; y sentimos en nuestros mismos días, en medio de utopías y delirios que aspiran á procurarnos una felicidad absoluta en esta tierra, la sombría y desconsoladora doctrina de Schopenhauer y Hartmann.

Y como á esta clase de problemas procuran dar solucion tambien la Religion y el Arte, desde los más remotos tiempos encontrais asimismo artistas y sacerdotes que respectivamente os enseñan y muestran la vida, ya como el teatro en que nuestra actividad se desenvuelve, cayéndose y levantándose, gozando y padeciendo, pero siempre sostenida

en sus laboriosas jornadas por la fe en la grandeza de su destino y por la esperanza de realizarlo, ya gastando inútilmente nuestras fuerzas, agitándonos en una actividad inútil, persiguiendo un ideal imposible, y corriendo en vano tras una felicidad ilusoria. Hoy mismo podeis escuchar la voz de Casandra, no sólo en el teatro y en la novela, si que tambien en labios de quienes no aciertan á ensalzar la suma felicidad de la existencia de ultratumba, sino rebajando y desestimando indebidamente la vida terrena; pero como estos reconocen la posibilidad de luchar con el mundo, el demonio y la carne, y dejan abierta la esperanza mostrándonos la inmortalidad, no produce su pesimismo las consecuencias de aquel otro literario que, aliándose con la *ironía* y el *humor*, va unido á los nombres de Goete, Byron, Heine, Leopardi, Espronceda, etc.

Pues bien, no es mi propósito hablaros de ninguno de estos pesimismos, ni del filosófico, ni del religioso, ni del literario, y sí de otro que nace espontáneamente del seno de la sociedad, que pretende inspirarse en la contemplacion directa de la vida, que se informa en frases, adagios y proverbios de todos conocidos, que aprovecha, sin pararse á penetrar su sentido, las soluciones de aquellos otros pesimismos, utilizando para su propósito la descripcion que hace el místico de esta vida como un desierto y un valle de lágrimas, la desesperacion que eleva á la categoría de sistema el filósofo, el dolor sin esperanza, sin término y sin consuelo que canta el poeta; pesimismo, en fin, práctico y mundano que acoge con una sonrisa burlona todo lo que es accion, entusiasmo, desinterés; que muestra á cada

hora el disgusto en medio de la existencia, y que concluye por decir que el amor es una ilusión, la amistad una mentira, el patriotismo una palabra, la piedad una locura, y la esperanza un sueño, no dejando en pié, si acaso, más que aquel sentimiento contra el cual, decía Aime Marbin, son impotentes todos los delirios y todos los extravíos de los pensadores, el santo, el infalible amor de la madre.

Favorecen este pesimismo práctico las condiciones propias de la época actual; pues consistiendo la grandeza y los peligros de ésta en la lucha entre un mundo que se va y otro mundo que viene, uno que nace y otro que muere, en medio de las ruinas amontonadas y de la polvareda que levantan, mientras los unos tienen siempre fijos los ojos en la estrella que sale ó en la que al parecer se pone, y tomándola como guía trabajan y obran con fe y con entusiasmo, otros, no viendo que «aquí hay algo que se descompone y se disuelve para dar lugar á creaciones alumbradas por un nuevo sol,» no veiendo «la luz en medio de las tinieblas de la noche, ni tampoco la vida en el silencio de los sepulcros,» se dejan arrastrar por la corriente, esperando que ella los conduzca, no á la vida, sino á la muerte. Es verdad que, en cambio, el sentido comun y la sana razon protestan perpétuamente contra este pesimismo; y así, á pesar de tan sombrías y desconsoladoras enseñanzas, no sólo continúa el hombre siendo activo, corriendo tras la felicidad, amando la vida, sino que, cayendo en el extremo opuesto, se anubla de ordinario su frente cuando aquella va de vencida, asociándose á las melancólicas palabras que el ilustre Youffroy diri-

gía en cierta ocasión á sus alumnos: «De las dos pendientes de la vida, no veis mas que una, que es por la que subís; ella es bella, risueña, perfumada como la primavera; no os es dado, como á nosotros, contemplar la otra con su aspecto triste, el pálido sol que la ilumina y la ribera helada que la termina; si tenemos la frente triste, es porque la vemos.»

Ahora bien; de este pesimismo práctico y mundano voy á ocuparme, combatiéndolo en la esfera del sentido comun, ya que este es el que corre el peligro de extraviarse bajo su influjo. Está muy lejos de mi ánimo la idea de desconocer la necesidad de atacar el que se cierne en las regiones trascendentales de la Filosofía, de la Religion y del Arte, y que viene á dar aliento y vida á este otro de que nos ocupamos; pero mientras las escuelas y los sistemas restablecen la verdad en esas elevadas esferas, bueno es salir con más humildes armas al encuentro de esta tendencia perniciosa, que concluiría por cegar toda fuente de accion, de movimiento y de energía.

Y no penseis que vaya á hacerme el paladin de aquel optimismo cándido é inocente, á que sin razon se une con frecuencia el nombre ilustre de Leibnitz, y que llevaba á un naturalista inglés á pretender demostrar que era un bien el que los animales carnívoros se comieran á los herbívoros por la convincente razon de que de otro modo tendrían los últimos una vejez muy desastrosa; no temais que vaya á negar las angustias de la lucha entre el bien y el mal, que desconozca los derechos y los fueros de la tristeza. Pero, ¡ah! señores, esta es muy otra

cosa que el pesimismo. La tristeza es aquella atmósfera mística y trasparente de que se rodea la pena para aislarse en medio de la alegría y del ruido del mundo, á través de la cual penetran las irradiaciones de las armonías de la naturaleza y de la vida social y el influjo de la misma Providencia divina, para templar el dolor del espíritu. El pesimismo, por el contrario, envuelto en una atmósfera densa y compacta, impide que lleguen a nosotros aquellas irradiaciones, y lo que vemos en el fondo de nuestro sér lo trasladamos afuera, sumiendo así la realidad toda en una sombría y negra oscuridad. Por esto, la tristeza nos arranca lágrimas, que caen sobre el corazón como santo rocío que le da vida y frescura; mientras que el pesimista, con los ojos enjutos y secos, en lo que cae es en la desesperación. Por esto, con frecuencia, al modo que encontramos armonía en el silencio de la naturaleza, encontramos alegría en nuestra tristeza, y hasta á veces sentimos pena cuando observamos que un recuerdo triste y doloroso cesa de hacernos derramar lágrimas; mientras que el pesimista se retuerce en medio de un sufrimiento sin compensación y sin consuelo. Y es, señores, que la tristeza es un don del cielo; el pesimismo, una enfermedad del espíritu. Tiene el hombre cien veces motivo para exclamar: ¡qué triste es *mi* vida! pero nunca le asiste para decir: ¡qué triste es *la* vida! Diciendo lo primero, puede esperar que su suerte individual cambie, y y entre tanto la contemplación de la dicha ajena templará la de su propia desdicha; diciendo lo segundo, ni aquella esperanza ni esta compensación son posibles. Además, este error puede conducir á

los cambios y trasformaciones que con tanta gracia, como elocuencia describe nuestro ilustre Balmes, al hablarnos de aquel D. Eugenio que, bajo la impresion de una hermosa mañana de primavera y cuando nada malo le pasaba, no compartía el sombrío pesimismo que revelaba una novela que tenía en las manos; pero como a las pocas horas se enterara de que un amigo desleal le había estafado, comprometiendo su fortuna, ya le parecía exacta la pintura que de la vida hacía el novelista; y sin embargo, en el mismo día otro compañero generoso le libra de la ruina de que se veía amenazado, y tornó á ser optimista.

Respetando, pues, la tristeza que todos, cual más, cual ménos, llevamos en el corazón, veamos cómo se nos presenta obrando é influyendo en cada una de las esferas de la vida ese pesimismo práctico y mundano, y cuáles pueden ser sus consecuencias en medio de las actuales condiciones de la civilización.

En el órden *científico*, el pesimismo produce uno de estos dos efectos: ó condena al hombre á perpetua sujecion al error, que es el mal en esta esfera, declarando que es para él inasequible la verdad, que es el bien en la vida del pensamiento; ó incurriendo en inconsecuencia, estima posible el alcanzar aquella, pero para hallar al cabo de penosas investigaciones que lo único cierto es que las contradicciones, la lucha y la contrariedad son permanentes, el mal invencible, el dolor inevitable, el anonadamiento y la muerte nuestra única esperanza. Contra aquel escepticismo protestan la sana razon y la fe innata que el hombre tiene en sus medios de conocer, y que mantienen en su espíritu



esta eterna ansia de saber, la cual, lejos de abatirse con los obstáculos y de enfriarse á la vista de los vacíos que sucesivamente observa, á cada cumbre que sube y á cada horizonte nuevo que descubre, sigue caminando y diciendo siempre: *jeaxelsior!* Contra este dogmatismo sombrío, protesta también el sentido común, que pide á toda hora á la ciencia guía y consejo, en los cuales espera y confía, porque sabe bien que á través del tiempo ha venido derramando luz en medio de las tinieblas, descubriendo nuevos ideales al espíritu, poniendo en nuestras manos armas para regir y dominar á la naturaleza, y empujando constantemente á la sociedad por el camino de la perfección, sin que invaliden estos merecimientos los errores y extravíos que á las veces han proyectado una triste sombra en la historia de la ciencia.

El hombre necesita conocer ántes de obrar, saber ántes de hacer, y por esto se consagra al estudio é investiga la verdad; primero, porque así lo pide y exige una de nuestras facultades, una de las energías de nuestra naturaleza, y de aquí el valor que la ciencia tiene *por sí*; luégo, porque tiene fe en la utilidad de la aplicación de aquella á la vida. Decidle al anatómico, que día tras día busca en los restos del cadáver un secreto del organismo, sin parar mientes en que tal vez los miasmas que aspira lo están envenenando; decidle que el resultado de su esfuerzo y de su trabajo será tan sólo el descubrir algo que será una contradicción más el en organismo, y por añadidura una cosa completamente inútil; y es evidente que su entusiasmo se enfriará, su ánimo se abatirá, y no se sentirá movido á continuar

sus investigaciones. Pues bien, señores; decid al hombre, que de la contemplación de la naturaleza, del espíritu y de la vida social habrá de deducir tan sólo que por todas partes reinan la lucha y la contradicción, que el mal es enemigo tan poderoso y tan multiforme, que cuando creemos librarnos de él, caemos sin cesar en sus garras; que por lo mismo el dolor y el sufrimiento son permanentes, y en consecuencia de todo, que son inútiles cuantos esfuerzos se dirijan á impedir ó evitar lo que no tiene remedio, sin que nos quede otra esperanza que la de ir «a caer con nuestro cuerpo en el sombrío vacío de la nada;» y habreis de reconocer que no se sentirá muy animado á perder su actividad en sondear la herida por el mero placer de observarla, sin la esperanza de llegar á otra conclusión que la de que cada ciencia estudia una llaga, una nota discordante, un dolor, todos permanentes é irremediables.

Ya sé yo que la ciencia pura tiene su propio valor, como tiene el suyo la que directamente se aplica á la vida, y que en suma consiste en el conocer mismo; pero las ciencias más racionales y que más miran á lo eterno, al fin vienen á inspirar reglas de conducta práctica, mediante la reforma que determinan y el nuevo sentido que dan á las que son como intermediarias entre ellas y las de aplicación inmediata, viniendo siempre á resultar que el hombre quiere *saber para vivir*, y vivir es obrar con fin, con criterio, con eficacia, y todo este fundamento de la actividad científica desaparece cuando se pretende que lo único que vamos á hallar es la inutilidad de nuestros esfuerzos.

Tampoco pretendo que el hombre no deba de abrir los ojos á la verdad sino cuando esta le sea grata; que harto sé que está aquella tan por encima de nuestro gusto y de nuestra conveniencia, que frecuentemente el entrar en posesion de la misma nos cuesta crisis dolorosas que al principio nos hacen vacilar, que luégo nos dejan como sin apoyo en la vida, cuando la verdad de ántes se ha desvanecido y la nueva está todavía flotando en el espíritu, y que á la postre termina en la paz que al alma procura una conviccion profunda y sincera. Esto sería autorizar á cada cual para que fantaseara un mundo á su capricho, y á que en él se encastillara con sus ilusiones, cerrando cuidadosamente toda entrada por donde pudiera penetrar la ciencia á arrebatárselas, para que no tuviera luégo que llorar, como el Dr. Faustino, la pérdida que le acarrea esta desdichada transformacion. Pero una cosa es decir al hombre: si te consagras á la investigacion de la verdad, muchos sueños de tu imaginacion y de tu fantasia se desvanecerán; y otra muy distinta anunciarle que lo que va á encontrar es, que aquello mismo que á un tiempo le revelan el instinto, el sentimiento y la razon, que todo aquello que viene persiguiendo la humanidad siempre, y todos los móviles que le excitan á obrar, todo es ilusion y mentira. En el primer caso, no se ciega toda fuente á la actividad; miéntras que en el segundo, no nos queda ni el estímulo de contemplar la belleza de la verdad real, ni la esperanza de aplicar á la vida útilmente el resultado de nuestros esfuerzos.

Y hé aquí el más desastroso efecto del pesimismo práctico con relacion á la vida científica. El sabio

pesimista, aunque lógicamente debiera concluir en la inercia, su misma vocacion le obliga á ser inconsecuente; pero en la vida comun, esta tendencia aleja del cultivo de la ciencia á muchos que, bajo la inspiracion de la pereza, fácilmente se convencen de que, léjos de tener encanto alguno aquella, sólo puede procurarnos las tinieblas del error, las angustias de la perpetua duda ó el acerbo dolor de la desesperacion.

En la esfera del *arte* y de la *literatura*, el pesimismo lleva al artista y al poeta á pintar las contradicciones de la vida y no sus armonias. Ve en la Naturaleza el sudario de muerte con que se cubre en el invierno, y no el atavío de flores y verdura que ostenta en la primavera; el *cielo con negros nubarrones*, y no el azul trasparente que ensancha el pecho y alegra el ánimo; el sol que quema y agosta, y no el que vivifica y alumbra; el rio que se desborda é inunda, y no el que fertiliza; los desastres y las tormentas, y no aquel como remedo de las bellas artes que encontraba Edgardo Quinet: en las cadenas de montañas, la arquitectura; en las cumbres y los picos esculpidos por el rayo, la estatuaria; en la luz y la sombra, los dias y las noches, la pintura; en el canto de las aves, el murmurio de las aguas, el ruido de la creacion, la música; y en el conjunto de todo esto, la poesía. Ve en la vida social el sabio que especula con la ciencia, el artista que trabaja *pane lucrando*, el sacerdote que prostituye su elevado ministerio, el político que utiliza poder y autoridad en provecho propio; y no ve ni el científico que sacrifica su existencia al descubrimiento de una ley ó de una idea, ni el poeta que muestra á su

pueblo y á su tiempo ideales desconocidos, ni el misionero victima de su santa abnegacion, ni el patriota que da la vida por la libertad ó la independencia de su patria; ve los pueblos esclavos y no los libres, los que caen y no los que se levantan; los momentos de parada ó de retroceso de la humanidad, y no los de adelanto y de progreso; ve la obra de las pasiones, y no la de la razon. Por esto, sobre el fondo sombrío de sus creaciones se destacan siempre el mal y el dolor, apareciendo el bien y la dicha como accidentes pasajeros, nada más que como sombras del cuadro, miéntras que resaltan aquellos, irremediable el uno, invencible el otro; por esto, el dolor que canta es un dolor sin esperanza y sin consuelo, un dolor que seca, desanima y abate.

¿Es esta la mision del artista y del poeta? El cultivo de las bellas artes se ha considerado como un poderoso elemento educador, precisamente porque contribuye á despertar en nuestro interior la armonía, que es la paz del alma, y la idealidad, que mantiene en el espíritu la exigencia de un más allá de perfeccion; y léjos de responder á estos fines cuando á sus creaciones preside un tétrico pesimismo, contráralos ambos, puesto que la contemplacion de aquellas produce tan sólo la desesperacion en el espíritu. Y no es, como ya sospechareis, que yo crea que la lira del poeta no deba cantar el dolor; no soy de los que dicen que quieren ir al teatro á reir y no á llorar. Pintan en buen hora en el cuadro, en la novela y en el drama los episodios tristes de la vida, pero no se complazcan en mostrárnoslos en galería inacabable, como si quisieran convencernos

de que aquellos no son accidentes de la existencia, sino la misma trama de ésta; hágannos llorar ante la vista de los padecimientos y contrariedades que amargan la estancia del individuo en esta tierra, pero no nos conduzcan á la desesperacion procurando mostrarnos que esa es la suerte de la humanidad toda. Entre una y otra cosa hay la misma diferencia que ántes notamos entre la tristeza y el pesimismo; y si quereis discernirla, reparad la impresion y el estado de espíritu que determina en vosotros la contemplacion de las obras de arte en el teatro, por ejemplo, y encontrareis el distinto efecto que en uno y otro caso os producen las escenas de dolor que ante vuestra vista se suceden. Si al mismo tiempo que os arrancan lágrimas, no experimentais congoja y opresion en el pecho; si sentís pena, pero una pena dulce; si el recuerdo de lo que habeis visto no turba vuestro sueño ni os abruma dia tras dia como peso molesto que abate el espíritu; si, en una palabra, deducís de todo que es á veces triste, muy triste, la vida de un individuo, pero no que lo sea la vida misma, entónces la obra del poeta, además de ser bella, es una buena obra. Si, por el contrario, experimentais en vuestro interior como una secreta queja contra quien os ha llamado al teatro á sentir una pena sin compensacion, á contemplar un dolor seco y sin esperanza; si el recuerdo de lo que alli habeis visto se convierte como en oscura lente á través de la cual todo son sombras en el mundo; si sacais en consecuencia que las aspiraciones que parecen más naturales son un sueño, la lucha un trabajo inútil y la esperanza una quimera, entónces bien podeis decir

que lo que tenéis delante es inspiración de la tétrica musa del pesimismo. Y como todo depende, en suma, de que el mal y el dolor aparezcan como fondo ó como sombra del cuadro, como esencia ó como accidente, por esto es difícil discernir esta diferencia en vista de una obra aislada, mientras que es fácil hacerlo cuando tienen el mismo carácter todas las de un autor, de una escuela, de una época; porque en el primer caso podéis dudar si lo que tenéis delante es un episodio de la existencia de un individuo ó es un reflejo de la vida toda, al paso que en el segundo es evidente el propósito de presentar ésta como una serie no interrumpida de dolores y desastres.

¿Necesitaré deciros cuáles son las consecuencias de este extravío en la esfera del arte? ¡Singular destino fuera el de este y bien menguado el nuestro, si la inspiración creadora con que Dios plugo dotarnos, en vez de servirnos para fantasear mundos de belleza y armonía y para convertir en oro el barro que tocamos, hubiéramos de emplearla en mostrar al hombre sumido por siempre en un verdadero infierno de males y dolores, de dudas y contradicciones!

También en la vida *económica* encontramos el pesimismo, y bajo dos aspectos: uno que podemos llamar conservador, y otro revolucionario.

Así como hay un optimismo del primer género, el cual consiste en abrir al pobre una cuenta, en cuyo *haber* se incluyen todos sus sufrimientos y dolores, quizá no bien apreciados; porque se avaloran contemplándolos desde muy lejos, y en cuyo *debe* se le cargan todas las ventajas que gratuita-

mente disfruta, hasta la de caminar por calles bien empedradas y el contemplar las maravillas del arte en los escaparates de las tiendas, entre los cuales no deben contarse, presumo yo, los de las fondas y *restaurants*, porque el efecto es contraproducente; así como, digo, hay quienes presentan de tal suerte esta cuestión, que, como decía La Bruyere, si los ricos la plantean, son los pobres los que deben resolverla, otros, por el contrario, reconocen la realidad de los males que á estos abruma y acongojan, y hasta parece que su contemplación los contrista; pero al fin y al cabo los declaran irremediables, por la sencilla razón de que siempre habrá en el mundo ricos y pobres, concluyendo por recordar á estos la resignación que el Cristianismo les aconseja, y cuidándose poco de recordar á aquellos la caridad que el Cristianismo les impone. Pesimismo cómodo y egoísta, que no echa de ver que no se trata de que desaparezcan los pobres y sí de que no sean tantos en número y no tan grande la pobreza; que, en vez de aconsejar á los dichosos que alarguen la mano á los desventurados para que puedan flotar y llegar hasta la superficie en busca de un poco de aire, encuentran mejor matar ó amortiguar los instintos generosos de aquellos, mostrándoles la fatalidad que condena á los segundos á morir en el fondo del negro mar de la miseria; pesimismo repugnante, en fin, porque pretende hacer cómplices de sus torpes intentos la ciencia, el derecho y hasta la religión misma fingiendo que trata de proteger intereses sagrados, cuando aspira tan sólo á impedir que venga cosa alguna á perturbar la digestión de los que están hartos.

El pesimismo revolucionario presenta la vida económica como el teatro en que domina el ciego interés; entre los varios elementos de la producción la guerra es inevitable; siempre ha de haber explotadores y explotados; no cabiendo todos en el banquete de la vida, los débiles deben morir; y como en esta esfera es casi imposible la resignación, porque en ella el mal es el hambre, la inanición y la muerte, el individuo está condenado á luchar sin tregua ni descanso por el pedazo de pan que ha de prolongar su existencia. Puede creerse que el ilustre Bastiat fué demasiado optimista al trazar las *armonías económicas* en el precioso libro que todos conocéis, y que la escuela que tiene el honor de contarle entre sus adeptos, fia demasiado á la acción del tiempo la solución de problemas á que debe procurar poner término, tan breve como sea posible, la energía individual, la de la sociedad y aún la del Estado; pero la verdad es que la contemplación de las leyes económicas en el pensamiento, su comprobación en la vida práctica y la observación atenta de la historia demuestran lo infundado de las afirmaciones del pesimismo. En ninguna esfera de la vida se muestra tan patente como en esta la ley de la solidaridad, que hace del mundo entero como un inmenso mercado, y esto sería imposible si la lucha y la guerra imperaran en ella; la riqueza crece y aumenta de una manera prodigiosa, y su distribución, aunque no sea siempre la debida, no es seguramente más inequitativa que lo era en pasados tiempos; y en medio de los encontrados intereses de clase y de las opuestas preocupaciones de escuela y de partido, se encuen-

tran y observan, en el orden de los hechos y en el de las ideas, indicios y señales de que el pavoroso problema social ha de alcanzar solución en el seno de la paz y no por la fuerza y la violencia, como augura el pesimismo, principalmente si se consigue que cada día los principios morales penetren y vivifiquen más y más la vida económica.

También en la esfera *jurídica* encontramos dos géneros de pesimismo: el de los indiferentes y el de los políticos de oficio.

Para el primero, todos los principios, todas las organizaciones son iguales; ni estas ni aquellos tienen virtualidad para proporcionar la felicidad á los pueblos; pensar en que podemos acercarnos á un ideal de justicia, es un sueño; debemos contentarnos con la paz, aunque sea la paz del silencio, la paz de la servidumbre; y de aquí, como consecuencia lógica de este escepticismo, se concluye en el alejamiento de la vida pública, en la inacción y en el quietismo. Ahora bien; deseo haceros notar tan sólo uno de los lamentables efectos de semejante conducta; quiero recordaros no más, que en los presentes tiempos los problemas sociales, jurídicos y políticos no los resuelve ya el sacerdote, ni el guerrero, ni el rey, ni el filósofo, ni el jurisconsulto; los resuelve la sociedad misma, y por tanto, que retirarse de la escena, renunciar á influir en aquella, negar su concurso á la obra común, es desertar, es abandonar un puesto de honor, y es, señores, entregar la dirección de la vida social á los más osados y á los menos escrupulosos en utilizar en provecho propio la situación que crea esa inercia general. Ved, si no, lo que acontece en Inglaterra,

en ese pueblo cuyas instituciones los otros envidian, y cuya vida, á la par estable y progresiva, parece encerrar un secreto que todos se afanan por penetrar, y encontrareis que allí no hay indiferentes, que allí, por ejemplo, de 2.645.564 electores, depositan su voto en las urnas 2.485.183, es decir, casi la totalidad; y por esto no es juguete de políticos egoistas y arbitrarios, sino que cuanto allí pasa es verdaderamente obra y resultado de una rica y poderosa energía social. Por algo Solon castigaba al que en medio de una sedición no optaba por alguno de los bandos contendientes!

El pesimismo de los políticos de oficio declara perpétuo el reinado de la injusticia, que es mal en esta esfera; afirma la fuerza como causa y fundamento del poder; este se gana y se conserva en provecho de una clase ó de un partido; y como de esto se trata, y no de realizar principios de justicia, que son meras abstracciones, el interés ocupa el puesto de la idea, y, por tanto, todo cuanto conduzca á aquel fin es lícito, la lucha es permanente, y el *væ victis* el eterno grito de los vencedores. Si los que tienen á su cargo la gobernación del Estado os vejan y os oprimen, no os quejeis; antes bien, debéis resignaros hasta que el poder venga á manos de los vuestros para hacer lo mismo; ni aun lo sintáis, porque si los adversarios se precipitan por caminos de perdición, podrá abrirse honda herida en el corazón de la patria, pero para vosotros es una ventaja, porque debéis recordar la frase de aquel á quien preguntaban: ¿qué hay de bueno? y respondía: hombre, lo único que hay de bueno es lo malo que esto va.

Por desgracia, mucho de esto se encuentra en la realidad; pero prueba de que, léjos de estimarlo como inevitable, como enfermedad que no tiene cura, lo consideramos vicio que es posible corregir y desarraigar, es que enfrente de ese mal innegable que corrompe la vida política de algunos pueblos, no de todos, se levanta siempre como protesta perpétua la afirmación de una justicia absoluta, en cuyo nombre censuramos las leyes injustas; la declaración de que la fuerza sólo se dignifica cuando es instrumento y brazo del derecho, y no causa y fundamento del poder; la censura de quien utiliza este en provecho propio ó de un partido; y la aspiración permanente á la paz que todos ansían, hasta los más de aquellos que mueven guerra, porque esperan que de este mal transitorio ha de resultar aquel bien duradero. Muéstrase asimismo la insubsistencia de aquellos torpes conceptos y torcidos procedimientos, en la hipocresía sistemática de los que los practican, esto es, en «el homenaje oculto que el vicio rinde á la virtud» al proclamar en voz alta la excelencia y el respeto de los mismos principios que se pisotean, lo cual verdaderamente rebaja más y más á quien tal hace, pero revela que la sociedad no se hace cómplice á sabiendas de semejantes desafueros.

Léjos, por tanto, de imponerse como mal necesario é irremediable todo esto que el pesimismo político se complace en mostrarnos, racionalmente pensando debemos reconocer que no es utópica ilusión la esperanza de que cese de estar la suerte de un pueblo á merced de la fuerza bruta, de que los depositarios del poder miren éste como algo sagra-

do que se rebaja y prostituye cuando en vez de ser medio de mantener el respeto del derecho se le utiliza para dar satisfacción á bastardos intereses personales ó de bandería; y la esperanza de que los partidos, léjos de gozarse los unos en las desventuras de los otros, como si ellas no recayeran al fin y al cabo sobre la patria, se respeten y consideren, no ya por mera cortesía, ni áun por la tolerancia que los tiempos imponen, sino por la convicción de que siendo ellos órganos de las varias tendencias que aspiran á dirigir la vida social, la cual ha de ser como la resultante de la acción de todas, negar á alguno su derecho á existir, no tolerarlo, no respetarlo, vale tanto como desconocer el derecho que la sociedad tiene á gobernarse y regirse á sí propia, y desconocer en la parcialidad contraria aquello mismo de que derivamos la fuerza y la razón de ser de la nuestra.

Después de lo dicho, salta á la vista qué género de consecuencias produce el pesimismo con relación á la *moral*, puesto que ésta es forma de la vida toda, y por tanto carácter que reviste cada una de las esferas de aquella, so pena de negarlo mostrando el contrario, la inmoralidad. En este orden cabe considerar dos elementos: el subjetivo y el objetivo, ó lo que es lo mismo, el móvil que nos induce á obrar y el contenido de lo que hacemos ú obramos. Bajo el primer punto de vista, encontramos al hombre movido por el sentido, por el interés, por el sentimiento ó por la razón, y de aquí las tres doctrinas filosóficas de moral: la sensualista, con sus dos matices según que proclama como acicate de la vida el placer ó la utilidad, la sentimental y la

racional. Ahora bien; el pesimismo no deja en pié ninguno de estos móviles: según él, el hombre corre tras el placer y sólo encuentra el dolor; persigue su bienestar, y la contrariedad permanente y el incansante sufrimiento le muestran que es para él inasequible; déjase arrastrar por el sentimiento, y halla que los más puros y más santos son ilusión y mentira; inspírase en principios superiores, haciendo abnegación de si mismo para contribuir al cumplimiento del destino providencial de todos los seres, y averigua que la contradicción y el mal se ciernen sobre la realidad infinita. Y de aquí la consecuencia que mira ya al aspecto objetivo de la cuestión, y es declarar intento vano el pretender realizar bien alguno efectivo; y así, no os consagrais con alma y vida á este ó aquel fin de la actividad esperando que vuestra obra, enlazándose con la de los demas, y la de un pueblo con la de otro pueblo, la de un siglo con otro siglo, va á ser el grano de arena que aportais á la magnífica obra que levanta la humanidad á través de la historia bajo la dirección de la Providencia divina: todo ese trabajo es inútil y baldío; la santidad, por lo mismo es el quietismo. Y hé aquí la consecuencia práctica más grave, más desconsoladora y más perjudicial del pesimismo. Discurriendo en una ocasión los ingleses una pena que por lo severa pudiera servir de castigo á ciertos criminales empedernidos, inventaron una que consistia en llevar piedras de un lado á otro, volverlas luego al mismo sitio, de nuevo llevarlas y de nuevo deshacer lo hecho; y resultó tan horrible el dolor de este trabajo inútil, que hubo de abolirse. Y es, señores, que no se con-

cibe suplicio más cruel que la actividad moviéndose en el vacío, que la humanidad afanándose por llevar á cabo una obra que es obra perdida, como si estuviese condenada á vaciar eternamente agua en el tonel sin fondo de las Danaides. ¿Qué tiene de extraño que el pesimismo declare la alegría una candidez, si el mal ha de triunfar siempre y si todos los esfuerzos que el hombre haga para alejarlo son tan sólo eficaces para cambiar la forma de aquél, pero impotentes para librarnos de la contrariedad y del dolor que amargarán perpetuamente nuestra existencia?

Por fortuna, en este punto el sentido comun y la sana razon reivindican sus derechos, y la humanidad sigue estimando real y efectivo el placer lícito y honesto de los sentidos, puro y santo el que nos procuran todos aquellos sentimientos que son impulsos de la vida, á la cual dan calor y animacion, y superior á uno y otro el gozo purísimo de servir al cumplimiento del destino providencial de todos los séres, subordinando á él el nuestro, y constituyendo así como base de nuestra conducta la abnegacion y el desinteres. Y en cuanto al punto de vista objetivo, si bien con frecuencia el hombre trabaja sin sospechar en las relaciones complejas que pueden unir su obra con la de los demas en el tiempo y en el espacio, de un lado, nunca deja de pensar en la utilidad más ó ménos limitada de su esfuerzo; y de otro, la más amplia, que es consecuencia del enlace orgánico que une la vida de los distintos pueblos y de unas y otras épocas, la damos por supuesta en el hecho de relacionar la de todas estas y la de todos aquellos en la historia univer-

sal, la cual arguye la unidad de la vida humana que es su contenido.

En la esfera *religiosa*, el pesimismo es en verdad muy antiguo, llegando á constituir el fondo de algunas religiones positivas, que, como el bramismo y el budismo, sobre desestimar la existencia terrena, presentan como ideal al hombre el ir á perderse despues de la muerte en el seno de Brama ó en el Nirvana, y de aquí el favor que la segunda ha merecido á Schopenhauer y á Hartmann. Este sostiene que «el cristianismo comparte con otras religiones la concepcion pesimista del mundo;» pero lo cierto es que, áun cuando algo de este sentido se encuentra en las manifestaciones de un misticismo extraviado, condenado en alguna ocasion como herético, en esta religion sólo cabe lo que con razon llama Balmes la *tristeza cristiana*, no el pesimismo. En primer lugar, siempre habría una diferencia esencialísima y profunda entre concebir de tal modo la vida presente, pero no la ulterior, y el estimar aquella de igual modo, añadiendo además que con ella termina para siempre la existencia y que la muerte es el anonadamiento, la nada. Luego, léjos de concluir en el quietismo, es imposible despertar en el espíritu un estímulo más poderoso á la sana actividad para el buen obrar, que señalarle como ideal práctico de la vida la vida santa de Jesus, y como ideal absoluto el que éste daba al hombre al decir en el Sermon de la Montaña: Sed perfectos como lo es vuestro Padre que está en los cielos.

Pero el pesimismo tambien tiene una religion racional, y hasta aspira á delinear la que ha de producirse en el porvenir. Véase, si no, el último libro de

Hartmann, digno de estudio, entre otros motivos, porque demuestra que, á diferencia de lo que acontecia hace un siglo, hoy á los sistemas más extraños arranca la religion el reconocimiento de que es elemento esencial y permanente de la vida y no creacion arbitraria y pasajera de sacerdotes interesados. Yo no veo que sea posible armonizar la religion con la doctrina filosófica del pesimismo, porque bajo todos los aspectos que aquella se considere, parece resultar incompatible con este. ¿Puede la vida revestir un carácter piadoso, esto es, puede el hombre obrar pensando que su acto debe conducir, como todo cuanto se realiza en el mundo, al cumplimiento del destino de los seres, del bien universal, cuando este ha de ser perpétuamente vencido por el mal? ¿Tiene objeto la oracion cuando el sér á que el hombre la eleva es impotente para dar á éste el ánimo que le sostega en la lucha de la vida, cuando ideal es el morir perdiéndose en el no-ser, y cuando ni aun podemos, siendo lógicos, pedir, como todo consuelo, fuerza y resignacion para esperar que aquel momento llegue, puesto que esto sería ya un lenitivo al mal, un pequeño triunfo del bien? Y por último, ¿iremos á buscar en esa esfera aquella luz que nos procura la fe racional completando las revelaciones de la razon, aquella fe religiosa que siendo «como una plenitud é iluminacion del sér racional finito por Dios, es para él una luz que aclara la oscuridad de su conciencia limitada?» Nada de esto es posible, á nada de esto puede satisfacer una religion que sin inconsecuencia se produzca en el seno del pesimismo filosófico.

El práctico y mundano no se cuida gran cosa de

este orden de la actividad; se contenta con tomar del pesimismo religioso la sombría descripción que hace de esta miserable vida terrena, y del científico la revelación de que después de ella no hay otra; y sonando en sus oídos mejor el título de *Filosofía de la desesperación* que el de la *Religión del porvenir*, tengo para mí que, lejos de estar dispuesto a secundar los propósitos que Hartmann revela en el segundo de estos libros, continuará creyendo que la religión sólo cuadra bien á los que esperan.

¿Cuáles son, en resumen, las consecuencias que se deducen del pesimismo en su relación á la vida práctica? Que el mal, siempre vencedor y siempre triunfante, brota allí mismo donde parece que brota el bien; que la felicidad, que el hombre persigue, es un sueño y una locura; que vivir es padecer; que el dolor sin término, sin compensación y sin otro fin que el dolor mismo, es nuestro destino; que, por tanto, el ideal es la muerte, el anonadamiento, la nada; y que, siendo el trabajo infecundo y la actividad inútil, el quietismo es la santidad y debe de ser nuestra regla de conducta.

Enfrente de tales afirmaciones, nosotros podemos, en vista de todo lo dicho, asentar estas otras.

Lejos de imperar el mal en la vida, lejos de huir ante él como amedrentado el bien, con frecuencia aquel nos empeña más y más en la realización de éste. Así, llora el hijo las consecuencias de una educación escasa, torcida ó viciosa, y al mismo tiempo redobla los cuidados y el cariño para hacer más llevadera la vejez de quien tan grave daño le hiciera. Lloro el ciudadano la ingratitud de su patria, que le tiene desterrado en lejanas tierras, y paga su

injusticia pensando en sus desdichas y trabajando para devolverle independencia y libertad. Lloro el que ha encontrado desvío donde buscaba amor, y, sin embargo, mantiene la estatua sobre el pedestal en que la colocara, y continúa rindiendo culto y contemplando en sus dorados ensueños á quien deja en amarga y solitaria viudez su corazón, devolviendo así bien por mal, al modo de aquel árbol aromático y oloroso de América, que, según cuentan, comunica su olor y su aroma al hacha que lo derriba.

Es ilusion, sí, la felicidad que la madre amorosa sueña para el hijo de sus entrañas; ilusion es el mundo de bienandanza que el amante fantasea para su amada; ilusion la loca pretension del sabio que aspira á hacer pasar á la humanidad en un día de las tinieblas á la luz; ilusion la del artista que ve salir del fondo de su espíritu la misma y absoluta belleza que va á inundar al mundo; ilusion la esperanza del sacerdote que cree posible con su generoso esfuerzo redimir del pecado á todos los hombres; ilusion la del político que espera regenerar de la noche á la mañana un pueblo; é ilusion es la felicidad que cual más, cual ménos, todos soñamos para nosotros mismos, para los nuestros, para el pueblo en que nacimos, para la humanidad, en cuyo destino piensa el hombre como piensa el navegante en la suerte de la nave que lo conduce por la inmensidad del Océano. Pero al lado de esa felicidad absoluta que es inasequible, hay otra relativa, limitada, como todo lo que al hombre concierne, pero real, verdadera, positiva. Y si no, preguntad á esa madre, si lo es la que experimenta cuando estre-

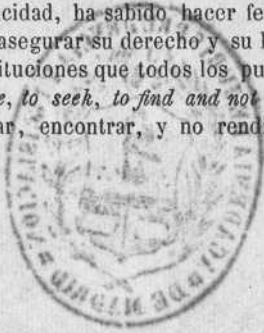
cha entre sus brazos al hijo idolatrado; preguntádselo al esposo que estrecha entre los suyos á la esposa amada; preguntádselo al científico que descubre un principio, una ley, un procedimiento, el cual, á la corta ó á la larga, ha de mejorar la condicion material ó espiritual de la sociedad; al artista, que ve á todo un pueblo contemplando la obra bella por él producida; al misionero, que arranca á una raza de la servidumbre del error y del pecado; al político, que consigue poner tan sólo una piedra en el cimiento de la organizacion social y política de su patria; y preguntadlo, por fin, al hombre, cualquiera que él sea, á cuya inteligencia ha llegado una verdad, cuyo sentimiento ha vibrado ante la contemplacion de una obra de arte, cuya conciencia se ha sentido satisfecha ante una buena accion, cuya razon ha contemplado ó vislumbrado un mundo eterno de armonia, de bondad y de belleza, cuyo corazon ha gozado con la dicha de la patria y los progresos de la humanidad, cuya vida, en fin, han endulzado la amistad con su adhesion, el amor con sus encantos, la familia con sus desvelos y cuidados; y todos os contestarán que esta felicidad, limitada y finita, que tanto dista de aquella otra infinita que se sueña, no por eso es ménos real y positiva; y es, señores, que lo absoluto proyecta sobre todo lo humano una luz que las sombras de la vida pueden oscurecer, pero jamás apagar. Por esto, vivir no es padecer, como tampoco es gozar; *vivir es luchar*, y por tanto gozar y padecer. El hombre sabe que este es su destino, y por lo mismo no se duerme ni en los brazos de la alegría ni en los de la tristeza; antes, por el contrario, una energia se-

ereta le mueve á no retroceder cuando en las luchas de la vida es vencido, á caminar más adelante cuando es vencedor.

Y en cuanto á la realidad del dolor, ¿quién será el insensato que la niegue? Pero el pesimismo no ve en él más que su lado sombrío; olvida que el dolor también advierte, purifica, levanta, redime; que temple el alma, le revela á veces energías desconocidas, y le descubre derroteros ántes ignorados, abriéndonos así una puerta al mismo tiempo que nos cierra otra. ¿Cuántas veces el espíritu, distraído en medio de las relaciones del mundo exterior y arrastrado por la corriente de los sucesos, merced al dolor y mediante su influjo, se detiene, se reconcentra, y de esta prueba sale con una fuerza para la virtud que ántes estaba atrofiada ó muerta! ¿Quién no se siente mejor, más dispuesto á hacer el bien y ménos capaz de hacer mal, bajo la acción de una amarga pena? ¿Cuántos cambios de conducta, cuántos arrepentimientos tienen lugar bajo el imperio de este misterioso y sagrado poder del dolor! Y no siendo ese nuestro destino, no siendo eso la vida, no es el ideal de ésta la muerte, la cual, ni deseada, ni temida, no ha de ser la perpétua preocupacion de la existencia. La divisa de Herder debe hacerla suya todo hombre: «luz, amor, vida;» saber, amar, y vivir para amar y para saber.

Y, como consecuencia de todo, léjos de reconocer el quietismo y la inacción como reglas de conducta, que es el efecto más pernicioso del pesimismo, sobre todo en tiempos, como los actuales, de crisis y de congoja, concluyamos, que no ha puesto Dios en nuestro sér toda una serie de estímulos y de

energías que nos mueven á obrar, para que nos agitéramos en el vacío; que no ha puesto en nuestro espíritu aspiraciones infinitas para que nos condujeran á locos desvaríos; que no es nuestro destino el sumirnos más y más, á cada paso que demos en la vida, en el insondable y sombrío abismo de la perversidad, del llanto y del dolor; concluyamos, señores, reconociendo la necesidad del trabajo, ensalzando la excelencia y la eficacia de la energía y de la actividad, y, siguiendo el ejemplo de un crítico de Hartmann, levantemos como enseña, enfrente de la inercia á que convida el pesimismo, un proverbio de la raza anglo-sajona, de ese pueblo que, con su indomable tenacidad, ha sabido hacer fecundo un suelo estéril y asegurar su derecho y su libertad al amparo de instituciones que todos los pueblos envidian: *to strive, to seek, to find and not to yield*; trabajar, buscar, encontrar, y no rendirse.— HE DICHO.



energías que nos mueven á obrar, para que nos aca-
 lamos en el vario; que no ha puesto en nuestro
 espíritu aspiraciones infinitas para que nos cadu-
 ran á losos desvarios; que no es nuestro destino el
 sumirnos más y más, á cada paso que damos en la per-
 vida, en el insostenible y sombrio abismo de la per-
 versidad, del hastío y del dolor; concluyamos, seño-
 res, reconociendo la generosidad del trabajo, enal-
 zado la excelencia y la eficacia de la energía y de
 la actividad, y siguiendo el ejemplo de un crítico
 de Hartmann, levantemos como enseña, en frente de
 la inercia á que convida el pesimismo, un proverbio
 de la raza anglosajona, de ese pueblo que, con su
 indomitable tenacidad, ha sabido vencer cuando un
 suelo estéril y azulado se le oponía en libertad al
 campo de instituciones que hoy nos rodean; lo que
 trabajar, hacer, producir y vivir. — He-
 ocho.

